

De trapos, pibes y d10ses: notas al margen del odio.

Villagra, Karen.



El Mundial de fútbol 2026 nos dejó miles de cosas, como memes, victorias y canciones, pero lo que más dio que hablar durante su transcurso y una vez terminado fue el **discurso anti-argentina**. A una semana de la final del mundo, el ruido de redes con respecto a las distintas narrativas sobre la sociedad argentina (y su carácter) es cada vez más potente, empezando a trasladarse a agresiones alrededor del mundo contra nuestros compatriotas, y eso me deja pensando: **¿en dónde habita la verdad de tanta molestia?**

Siempre que alguien se proponga escribir sobre “la verdad” se está autoimponiendo un desafío imposible, porque el punto de partida es confuso. La verdad, como tal, es indefinible y así lo ha sido durante siglos, en los que los filósofos más grandes de todos los tiempos le han dado sus particularidades y adecuaciones, pero que en definitiva no dejan de ser articulaciones de hombres mundanos como uno. Y qué puedo agregarle yo a este debate que Platón o Popper no hayan dicho ya, ¿no? Pero de todas formas me planteo este ejercicio, porque lo importante de la verdad es buscarla y no aceptarla como un mandato divino (o twittero).

En *Sobre la Libertad*, John Stuart Mill sostiene que, dado que el hombre no es infalible, **la libertad de discusión es la única forma de que la verdad surja y se mantenga como una "verdad viva"**. Si una verdad no se debate, degenera en un "dogma muerto" o prejuicio, y el hombre deja de comprender los fundamentos de lo que profesa. Cuando a este postulado que Mill tenía tan en claro le sumamos la dimensión digital, la cosa se complica, porque el algoritmo, la segmentación y las campañas pagas de difamación hacen que los relatos se instalen de una manera tan imperceptible e innegable que la teoría de la aguja hipodérmica queda casi en burla. Los usuarios no solo se creen estas supuestas verdades, sino que se niegan a comprobar otras fuentes u oír otras realidades que puedan contradecir en lo más mínimo a la posición que les fue dada. Tanto así, que cuando usuarios (como @emivmiller @jsystjn o @erickcitojin en TikTok) relatan sus propias experiencias como personas racializadas que vivieron en Argentina, usuarios que jamás interactuaron en persona con la cultura o el país niegan estas vivencias.

Esto quizás se debe al hecho de que el ser humano se encuentra en una tensión constante entre su deseo de conocer la verdad para orientar su vida y la tendencia a refugiarse en la opinión pública, donde la verdad y el error se mezclan de forma infinita. Los griegos la tenían más fácil, porque las opiniones se veían acotadas a su polis o a las cercanas, mientras que hoy no hay una limitación geográfica para el debate porque todos tienen un lugar donde expresar cualquier opinión (fundada o no) en las redes sociales.

Para Hegel, la verdad es la adecuación del concepto con la realidad. En el ámbito del espíritu, la verdad no es algo estático, sino un proceso donde la razón se reconoce a sí misma en lo real.



El espíritu pensante no se contenta, sin embargo, con poseer la verdad de este modo inmediato; exige además concebirla y alcanzar para el contenido, ya en sí mismo racional, una forma también racional. De este modo, el contenido aparecerá justificado ante el pensamiento libre, que no puede atenerse a algo dado [...] partir de sí mismo y justamente por ello exige saberse unido en lo más íntimo con la verdad. (Hegel, 2004, Principios de la Filosofía del Derecho).

Entonces, si **la verdad se construye tropezando, cambiando y superando contradicciones a lo largo de la historia**, uno no puede asumir el carácter de los ciudadanos de un país (mucho menos de una nación como tal), basándose exclusivamente en relatos de guerra, colonización y acciones que, aunque condenables, corresponden a los procesos que atravesaron todos los Estados-nación en sus etapas formativas. Decir que Argentina exterminó a gran parte de su población nativa no es erróneo, pero lastimosamente es una realidad para la gran mayoría de los países del mundo, por lo que todos estaríamos sujetos a los mismos estándares de “ser racistas”. A su vez, querer asemejar los crímenes raciales que haya podido cometer un país del Sur Global con los años de imperio que impusieron las grandes potencias (del Norte Global) es un sin sentido. No cuestiono que se denuncien las actitudes racistas que existen por parte de **algunos** argentinos, pero ¿omitir siglos de opresión por parte de las grandes potencias, negar su sistema esclavista de producción y las trabas al desarrollo del continente africano, así como a la región latinoamericana? Ridículo.



El discurso antiargentino se presenta como “verdad evidente” cuando en realidad es un prejuicio no debatido, un dogma muerto, que pretende concentrar en una sola nación todo el sistema de opresión a las personas racializadas que existe en el mundo. Sobre esto nos advertía Karl Popper al señalar que somos falibles y, por ende, podemos carecer de un criterio de justicia o verdad absoluta, por lo que debemos perseguir propuestas que se aproximen a ella. Cerrarse a una generalidad tan determinante como “todos los argentinos son x” es precisamente lo contrario a la búsqueda de la verdad.

Ahora bien, si este discurso naciera y muriera en redes, tal vez estas líneas no estarían siendo escritas, pero lo que comenzó como una serie de tweets ha escalado a agresiones físicas y acoso sistemático a personas únicamente por ser argentinos. Es entonces que considero que la defensa de la historia nacional y, por consiguiente, del carácter argentino es una obligación moral.

La nación, en clave weberiana, tiene que ser entendida como una “comunidad de sentimientos” donde sobre todas las cosas se destaca el deseo de vivir juntos y la voluntad de preservar una herencia indivisa. ¿Cómo puede uno no defender a esta comunidad de sentimientos? si es justamente en esta el espacio en el que se forja y justifica toda nuestra existencia. **La defensa va a tomar tantas formas como argentinos en el mundo**; la mía es a través de estas palabras; las de 26 futbolistas argentinos fue dar batalla en los más de noventa minutos de todos los partidos disputados en este mundial. Mi acto de defensa (y rebeldía) favorito de este último mes fue, sin duda, el de aquel argentino desobediente que tomó una sábana e hizo de un trapo una insignia: la bandera que leía **“Las Malvinas son argentinas”**.



Y a esta rebeldía le tenemos que agregar la de nuestros jugadores al desplegarla en el campo de juego frente a los millones de espectadores. Para mí, **este acto cambió para siempre el significado de ponerse la camiseta** porque el reglamento es más que claro en cuanto a las sanciones correspondientes por hacer alusiones políticas, pero el sentir del plantel, en palabras del defensor Lisandro Martínez, de **“no podíamos fallarle al pueblo argentino”** fue más grande. Y el simple hecho de hacerlo reinstaló la cuestión Malvinas en los medios locales, y por primera vez lo globalizó a los medios de todo el mundo. Nuestra causa nacional más sensible fue televisada en todos los continentes, notas a favor y en contra fueron escritas, camisetas fueron pintadas y, por sobre todas las cosas, nuestros veteranos fueron vistos y honrados.

El sentido de deber con la Patria de uno es natural para todos, aunque no todos lo persigan. El Estado incluye no solo al individuo, sino a todo lo que este ama: hijos, padres, amigos, ídolos y referentes. Lo lógico sería apreciar la prosperidad y gloria del país como un reflejo de nuestro propio honor; entonces, ¿por qué cuando el argentino se muestra orgulloso de su ser nacional es inmediatamente tachado de arrogante y pretencioso?

Cuando un país del Sur Global presenta actitudes que hasta ahora han sido reservadas únicamente para los poderosos imperios del Norte, el (ciber)mundo parece tener un problema. El orgullo patriótico de unos cuantos se ve más cuestionado que la euforia desmedida que presentan los pueblos desde la Gran Guerra al momento de enrolarse para formar parte de una guerra. Toda actitud que pretenda tan siquiera sugerir que el lugar que nos corresponde a los latinoamericanos es otro que en las ruinas y sumidos en la vergüenza, es criticada. Incluso por otros latinoamericanos. Los años de conquista lograron eso. Un espíritu vencido ante la propaganda de que somos tercermundistas, de que nos falta valor y de que siempre debemos estar mirando al Norte para algún día poder aspirar a ser alguien.



El argentino tiende a pecar de poseer un ego grande, es verdad, pero peor es renegar de la propia identidad y de su valor. Y frente a todo lo reflexionado anteriormente, lo único que me queda en mente es:

Tal vez sea la comunión de los desplazados lo que tanto molesta.

Referencias bibliográficas:

- Hegel, Georg (2004). Principios de la filosofía del derecho. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Mill, John Stuart (1993). Sobre la Libertad. Ed. Cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid.
- Popper, Karl R. (2010). La Sociedad Abierta y sus Enemigos. Ediciones Paidós

